

que ahora se empeña V. en emprender, aunque advertido de que en ella hay gran peligro para V. y para los que le acompañen.

—Pero está V. seguro de que ese peligro existe?

—Segurísimo, querido Leandro.

—Yo, ni siquiera lo sospechaba.

—¿Y por qué no?

—Porque si alguna vez he visto censuras más ó menos acres y malignas ó más ó menos justas para los que se dedican al cultivo de las letras, esas censuras me han parecido siempre una gota de hiel en un mar de miel comparadas con los elogios, con los aplausos, con las ovaciones, con el renombre, con la gloria que alcanzan los escritores.

—Creí que iba V. á añadir á la gloria el dinero.

—No le he añadido, porque daba por supuesto que esa recompensa, material aunque preciosa, no podía faltar allí donde se alcanza la recompensa moral más espléndida y noble.

—Pues, amigo Leandro, suponiendo eso se equivocaba V. grandemente.

—Explíqueme V., querido y respetado amigo, los que para mí eran y aún son misterios de la vida literaria.

—Se los voy á explicar á V., y quisiera que en lugar de quedar mis palabras impresas sólo en la memoria de V., quedasen impresas en muchos libros y en muchos periódicos para que se vulgarizasen desde las cultas y populosas ciudades hasta las rústicas y casi yermas aldeas.

XII.

AMORES ANGÉLICOS.

La suave y fresca brisa del Noroeste que entraba por el balconcito saturada del aroma de las flores que encontraba á su paso, nos convidaba á asomarnos al balcon para recibirla directamente. Luégo no se me ocultaba que aquel balconcito tenía para Leandro encantos mucho mayores que para mí, como lo probaba la frecuencia con que dirigia la vista no sé si á él ó á lo que por él se veía allá hácia la ladera de Goyerri.

Salimos al balcon y ofrecí á Leandro un cigarrillo que aceptó, aunque vacilando un poco y poniéndose un poco colorado.

Sobre una mensulita colocada en uno de los costados del balcon vi unos anteojos gemelos, y tomándolos dije á Leandro sonriendo:

—Hola, ¿tiene V. anteojos marinos? Serán tambien cosa de la pobre mamá que es tan previsora.

—Sí, señor, me contestó Leandro sencillamente y sin comprender mi sonrisa; mamá los tenía desde cuando era soltera y me los dió diciéndome con razon que aquí se necesitaban, como hay tan buenas vistas.....

Leandro no adivinaba qué era lo que adivinaba yo: que asomada á aquel mismo balcon y mirando por aquellos mismos cristales habia soñado y sentido su madre algo parecido á lo que él soñaba y sentia.

—¿Con que V. cree que *hay buenas vistas* desde aquí?

Leandro comprendió al fin la inocente malicia de mi pregunta, viéndome sonreír y recalcar las palabras.

—Sí, señor, me contestó sonriendo también un poco ruborizado.

—Veamos.

Y apunté los gemelos hacia la casa blanca de Goyerri, lo que hizo subir de punto el sonrojo de Leandro.

De Gorostiza á Goyerri es la distancia tan corta que, no hace muchos meses, una bala de fusil disparada por los carlistas desde el segundo punto, tronchó un árbol de Guernica, es decir un roblecillo que en el primero había nacido de una bellota del árbol de Guernica sembrada por un amigo mío en su huerta.

En una ventana de la casa blanca de Goyerri descubrí una carita sonrosada y rubia adherida como la mía á unos anteojos gemelos; pero aquella carita desapareció precipitadamente sin duda al notar que la miraban ojos para ella extraños.

Advertíselo á Leandro, dí á este los gemelos y me retiré del balcon, pero no tanto que no pudiese observar el efecto que produjera en el rostro del jóven lo que por los gemelos viese.

Es inexplicable el gozo y la ternura que el rostro de Leandro expresó, poco despues de adherirse á los gemelos.

Dos clases de gentes hay que no pueden comprender el encanto que estas niñerías de la adolescencia tienen: las que nunca han sido adolescentes y las que nunca han tenido corazon.

Abandonando, al fin, Leandro toda reserva y encogimiento para conmigo, respecto á sus amores de niño y de poeta, me contó la sencilla y pura historia de aquellos amores.

Rosita, que era de dos años ménos que él, era ahijada de su tia Mari-Rosa é hija de unos labradores sencillos y acomodados, pues la hermosa casería en que vivian y cuyas heredades, viñas y huerta labraban y explotaban personalmente, era propia, como también otras dos caserías de la misma anteiglesia que tenían dadas en arriendo.

Desde muy niño pasaba Leandro muchos días en casa de su tia Mari-Rosa, que también era madrina suya y vivía cerca de los padres de Rosita, y con tal motivo desde muy niños eran amigos y compañeros Rosita y él.

¿Cómo habían llegado á sentir, y pensar, y desear, y esperar lo que los niños no sienten, ni piensan, ni desean ni esperan hasta llegar á las rosadas puertas de la adolescencia?

Esto pregunté á Leandro y esto me explicó con elocuencia y sentimiento tales, que para darlo á conocer necesito pedir su ayuda al ilustre poeta portugues Antonio Feliciano de Castilho que parece haber cantado la infancia y los amores de Leandro y Rosita al cantar en *Los celos del Bardo*:

Unidas nuestras cunas se mecieron,
juntos crecimos, nuestra infancia fué una;
iguales fueron todos nuestros gustos;
vimos á un sol y en una misma estancia
florece la razon, crecer las fuerzas;
ninguno amó primero, nuestro afecto
fué un sentimiento innato, que no puede

cabo tener, porque no tiene origen.
 Entre las vagas ansias del misterio
 nuestra infantil curiosidad corria,
 siempre igual, siempre al par; comun nos era
 ignorancia, sospecha, certidumbre.
 Maestro uno de otro, y á la par discípulo,
 íbamos á los últimos misterios
 de la naturaleza aproximándonos,
 y el dulce manantial de los placeres
 de vez en cuando en sueños descubriamos.
 De hora en hora más sabios, más audaces,
 más diáfano el cendal de la inocencia,
 volábamos al término besándonos (1).

(1) Hé aquí el texto portugues, que siento no haber acertado á traducir como merece:

..... Unidos se embalaram
 nossos berços; cresciamos unidos;
 foi uma a nossa infancia, e iguaes os gostos.
 Á luz do mesmo céu, na mesma quadra
 nos floria a razão, medravam forças.
 Nenhum amo primeiro; en nós o affecto
 foi uma idéa innata, um sentimento
 que não pôde ter fim não tendo origen.
 Pelo vago de anciosas incertezas
 correu nossa infantil curiosidade
 sempre ignal, sempre a par; communs nos foram
 á duvida, a suspeita, as descobertas.
 Mestre um do outro, e discipulos a um tempo,
 pouco a pouco arauçavamos na vida
 da natureza aos ultimos mysterios.
 De longe en longe a fonte dos prazeres
 nos vinha en sonhos leves revelar-se.
 Mais sabios, mais audazes de hora a hora,
 mais transparente a venda da innocencia,
 voayamos, beijando-nos, ao termo.

Sismondi ha dicho que el portugues es el castellano sin huesos, y me parece admirable por lo ingeniosa y exacta esta afirmacion, aunque un amigo mio dice que se debe entender en quanto al portugues escrito y aun hablado á la castellana quanto es posible, pues hablado á la portuguesa, está de tal modo lleno de espinas, que nos deja en ayunas á los que no estamos acostumbrados á saborearle con este condimento.

No pertenecia Leandro al vulgo de los enamorados, ni al vulgo de los poetas; pero aun así incurria en esa hermosa tontería que á todos los enamorados adolescentes se oye: «Si ambiciono gloria es por *ella*, porque quisiera ceñir su frente con la corona del imperio del mundo.»

Esta salida que yo me esperaba, me dió ocasion para volver á nuestro interrumpido coloquio sobre la felicidad ó la infelicidad de la vida literaria, que inspiraba grande interes á Leandro.

XIII.

LA LITERATURA POR DENTRO.

— Veamos, querido Leandro, si la vida literaria puede proporcionarle esa corona, ó una corona de espinas. Muchos males afligen á la sociedad moderna, y á casi todos ellos se ha procurado poner remedio, denunciándolos y comentándolos en el libro, en el periódico, en la tribuna parlamentaria y en el púlpito; pero entre ellos hay uno que apénas ha sido nunca denunciado ni comentado, á pesar de que afecta profundamente á la familia en particular y á la sociedad en general, y se agrava y generaliza de dia en dia.

— No adivino qué mal es ese.

— Es, amigo Leandro, el que aqueja á V., á pesar de que Dios ha dado á V. la rectitud de corazon y juicio que da á pocos jóvenes de la misma edad. No sé cómo llamará á ese mal la medicina de las pasiones, pero yo le

definiré diciendo que consiste en soñar el noventa por ciento de los jóvenes, así que cultivan un poco su entendimiento con la segunda enseñanza, que la profesión á que Dios los llama y en la que han de encontrar todo género de glorias y felicidades, es la profesión literaria, es el cultivo de las bellas letras. Hasta la gloria del amor figura en primer término en ese dulce y mentido sueño, porque la gloria del amor es la que más halaga á los adolescentes, y creen que toda mujer se enamora perdidamente del que llama á su corazón con la seductora voz de un buen libro ó un buen drama. Leandro, ¿no es usted también de los que creen esto?

— Sí, señor.

— Pues hace V. mal en creerlo. Todo el que conoce la vida pública y privada de los poetas, escritores y artistas más insignes, sabe que han sido los más desdeñados, vendidos y escarnecidos por las mujeres á quienes amaban. Quizá sea por ser cierta la afirmación de no sé quién, que decía no haber grande hombre para su ayuda de cámara; pero es más probable que sea por ser rara la mujer que siente las inspiraciones del genio y les da el valor que tienen. Si la pobreza de corazón y entendimiento de la mujer amada mortifica como uno al hombre vulgar, mortifica como ciento al hombre de genio, que se remonta sobre el vulgo y se indigna de que la persona que le es más amada, no sea la primera en reverenciarle en aquella altura.

— ¡Ah! yo sé que no he de experimentar ni como uno ni como ciento esa mortificación.

— Todos los jóvenes enamorados pretenden saber eso

mismo. Pero volvamos á examinar más práctica y radicalmente el mal de que V. no se ha librado, y de que yo quisiera curar á V. por su bien, por el de sus padres y por el de la inocente elegida de su corazón. El noventa por ciento de los jóvenes que emprenden una carrera científica ó literaria, sueñan con ahorcar los libros de texto é ir á Madrid, si son de provincia, y si son de Madrid en no ir á la Universidad, para dedicarse en cuerpo y alma á la vida del escritor. ¡Y cómo no han de soñar con esa vida si constantemente se les enseña su oro, que es la cascarilla exterior, y se les esconde su escoria, que son la miseria y las lágrimas interiores!

— Siento viva curiosidad por saber de qué proceden esa miseria y esas lágrimas.

— Pues pronto lo sabrá V.; pero antes de decirselo debo advertir á V., amigo Leandro, que si el interior de esa vida no se ha dado aún á conocer, es porque el rubor mal entendido de su propia miseria ha movido hasta aquí á los escritores á no abrir de par en par sus puertas, para que los extraños vean lo que en el interior pasa.

— Y ¿por qué le parece á V. mal entendido ese rubor?

— Me lo parece, porque la miseria inmerecida, como lo es la de los escritores españoles, no debe ruborizar á nadie, y enseñándola á todos como yo se la enseño á usted, se hace un gran bien á la patria, que necesita pocos y buenos escritores, y muchos y buenos labradores, artesanos, industriales, comerciantes, artistas y hombres de ciencia; se le hace á las familias, que pierden sus más legítimas esperanzas de sólido y verdadero apoyo con el

ingreso en la vida de escritor de los jóvenes destinados á otra vida, y se le hace á los jóvenes mismos, que incurren en un verdadero extravío cuando se dedican á escribir para el público, pues ó se condenan á la estrechez, cuando ménos cercana á la miseria, ó van á aumentar esa funesta pléyada de vividores políticos, de intrigantes, de perturbadores ó de huéspedes del presupuesto nacional, que constituye la mayor de las desdichas de la patria.

— Pero, señor, ¿cómo es posible que escribiéndose tanto periódico, tanto libro y tanta obra dramática, y honrándose tanto á los escritores, pues no lee uno en los periódicos más que elogios de ellos y encarecimientos del aplauso con que sus obras son acogidas, cómo es posible que la vida del escritor no sea por dentro tan dichosa como parece por fuera?

— Vaya V., amigo Leandro, tomando acta, como ahora se dice, de todo lo que va á oír, é irá comprendiendo que lo que le parece á V. imposible, es posibilitísimo. Hay en Madrid dos docenas de periódicos políticos diarios, y de seguro no llegan á media docena los que cubren los gastos con el producto de la suscripción ó la venta.

— ¿Y cómo se sostienen los demas?

— Se sostienen, porque tal ó cual ambicioso, ó tal ó cual despechado, ó tal ó cual tonto, se gasta el dinero en sostener un periódico.

— Pero se le gastará inútilmente, si el periódico no tiene circulación.

— Tiene siempre la suficiente para hacer el bú, pues

para que la tenga, basta que tire un centener ó dos de ejemplares, que se distribuyen gratis y en cambio de los demas periódicos. ¡Figúrese V. lo holgada y gloriosa que será la vida de los escritores que se emplean en servicio de un ambicioso, ó un despechado ó un tonto!

— ¡Me parece vida muy triste esa!

— Tanto más, cuanto que la recompensa casi siempre se reduce á promesas.

— Pero los pocos periódicos que cubren gastos, ¿recompensarán bien á sus redactores?

— Los más prósperos les suelen dar de veinticinco á cincuenta duros mensuales.

— Eso es una miseria, teniendo en cuenta lo costosa que debe ser la vida en Madrid, los conocimientos que se deben suponer á un escritor, y el decoro con que el escritor necesita vivir.

— Pues debo advertirle á V. que aún así hay en Madrid constantemente algunos centenares de escritores, muchos de ellos benemeritísimos y de glorioso nombre en la república literaria, que inútilmente pretenden una plaza en la redacción de cualquier periódico, y se considerarían muy dichosos si la obtuviesen.

— Pues dígame V., amigo mío, que es ganga ser redactor de un periódico político! No alcanzar gloria ninguna, pues los trabajos son anónimos; atacar ó defender á veces á quien no se aborrece ni ama; ganar, si es que se gana, un miserable estipendio.....

— Y estar siempre expuesto á recibir un garrotazo ó una estocada ó un tiro, ó á ir á la cárcel ó á Filipinas.

— ¿Eso más?

— Eso y otras cosas más.

— ¡Dios le libre á uno de tener que ganar el pan de ese modo!

— Pues es el ménos escaso y negro que proporciona la vida literaria en España, salvas rarísimas excepciones.

— ¿Y esas excepciones cuáles son?

— La de algunos escritores dramáticos que viven un poco holgadamente, merced á su privilegiado ingenio, ó merced á su *habilidad* extraña á la literatura.

— Yo suponía que los trabajos puramente literarios se pagarían bien por los periódicos políticos que pueden pagarlos.

— Esos periódicos se contentan con pagar malas traducciones á medio duro el pliego.

— ¿Pero en cambio los pagarán las revistas y periódicos literarios que publican trabajos originales en prosa y verso?

— No hay entre todos los de España arriba de dos ó tres que los paguen; áun esos no dan arriba de seis ú ocho duros por un buen artículo, que ha costado algunos dias de trabajo á un hombre encanecido en el estudio y el cultivo de las letras. En cuanto á los versos, aunque sean verdadera poesía, y estén firmados por los más ilustres poetas, no se los considera dignos de recompensa pecuniaria alguna.

— Indigna el oír eso, y no se concibe la razón.....

— La razón es, ó quiere ser, que como hay tantos que escriben renglones desiguales, é inundan con ellos las redacciones, los directores de periódicos dicen que les sobran versos grátis.

— ¿Pero no podrán decir que les sobran poesías?

— Dicen, y no sin razón, que para la generalidad del público versos y poesías son una misma cosa.

— Ya veo que la vida literaria tiene escasísimo y triste apoyo en el periodismo. ¿Supongo que no será tan triste en el teatro?

— En el teatro lo que pasa es algo mejor y algo peor. Me explicaré: muchos escritores, por mucho que sepan, y por muy privilegiado que sea su ingenio, no pueden escribir para el teatro, porque para ello es condición esencial conocer los efectos escénicos, para lo que se requiere un estudio mecánico, que no se aviene con todos los ingenios, y sobre todo es condición precisa el heroico valor *sui generis* que se necesita para luchar con cómicos y empresarios. Son tantos los inconvenientes que el teatro ofrece al escritor, que renunció á enumerárselos á usted, limitándome á decirle que autores dramáticos tan eminentes, tan fecundos, y de vida tan morigerada como Breton de los Herreros, se morirían de hambre si no tuvieran más recursos que los que han obtenido ú obtienen de sus muchas y aplaudidas obras.

— ¡Le aseguro á V., D. Antonio, que hoy es uno de los días más tristes de mi vida!

— ¿Por qué?

— Porque veo desvanecerse una de mis más dulces y hermosas ilusiones. ¿Pero será posible que el escritor no pueda siquiera esperar del libro lo que no encuentra en el periódico ni en el teatro?

— El libro áun es más desventurado en España que el teatro y el periódico. Vaya V. á Madrid con una gran

historia, una gran novela, un gran poema, ó una hermosa coleccion de peesías, y aunque dé V. de balde la obra, en que quizá ha empleado lo mejor de su vida, y tenga V. un nombre literario ilustre, probablemente no encontrará V. quien se la imprima.

— ¡Pero, D. Antonio, todo eso es horrible!

— Figúrese V. si me lo parecerá á mí que por espacio de veinte años he pedido el pan á la literatura, aunque con mayor y ménos merecida fortuna que otros.

— ¿Segun eso en nuestra patria la vocacion literaria es una desdicha?

— Desdicha, si se quiere buscar el pan con ella, porque áun se puede decir hoy como Larra dijo hace más de treinta años, que en España la literatura es un modo de vivir con que no se puede vivir. Dicha, si lo que con ella se quiere buscar es solamente honra, grato desahogo del corazon y honesto descanso del trabajo material ó intelectual que nos proporciona honradamente la subsistencia.

Iba yo á preguntar á Leandro si todavía deseaba renunciar la carrera del comercio, á que sus padres querian dedicarle, porque á ellos les habia proporcionado el bienestar de que gozaban, é ir á Madrid á dedicarse en cuerpo y alma á la vida del escritor público, cuando vino á interrumpirnos la buena de Mari-Santa, que parecia no haber visto á su hijo hacía un año, segun el amor con que le echó el brazo al cuello.

XIV.

EL HERÓICO CHÓMIN.

Los informes que yo daba, en 1862, de la vida literaria española, en 1874 adolecerán, á los ojos de los que la juzguen por lo que despues ha sido y es hoy, del optimismo y la aficion al color de rosa que se me suelen echar en cara. Pues aquella vida ha empeorado infinitamente en estos últimos seis años de espantoso desorden moral y material. En efecto, hoy que la guerra civil desuela, y casi incomunica una gran parte de la nacion; hoy que por la enorme subida de los cambios es casi imposible todo comercio con América, donde se consumia gran parte de nuestros productos literarios; hoy que las contribuciones absorben la mitad del producto del trabajo y del capital; hoy que el Estado se halla poco ménos que en quiebra, y casi á nadie paga; hoy que nadie tiene humor ni dinero para suscribirse á un periódico, ni para comprar un libro, ni para ir á un teatro, sino para ir á los toros, ¿cómo la vida del escritor no ha de ser infinitamente más triste que cuando la paz y la prosperidad reinaban en España?

Los editores no tienen la culpa de que esta vida sea tan triste, que harto hacen los que, como los de este libro, comparten con el escritor sus exiguas ganancias actuales, ó las que obtuvieran en mejores tiempos á fuerza de trabajo y economía!